

## Diferencia entre generaciones

*Alderdi*, 182. zk., 1962-05.

Hay dos artículos en "Alderdi" de enero último dedicados al problema de las generaciones que son significativos. Es natural que estas dificultades de entendimiento, propias de quienes en una misma casa viven tiempos diferentes, también afecten a la familia vasca.

Creo, además, que disentir entre generaciones es signo de vitalidad política, signo de un claro sentido nacional.

Cuando mencionamos aquí *generaciones* nos referimos particularmente a unos ciclos de experiencia, y en este caso estamos hablando de una generación a la que correspondió asumir la responsabilidad de las decisiones políticas desde 1931, y de otra que siente ahora, en medio de un difícil vacío de instituciones creado por el franquismo, el llamado de su responsabilidad política. Llámeseles *viejos* a los unos y *jóvenes* a los otros, los términos no tienen ninguna intención despectiva. Ya estamos de antemano prevenidos de que los *viejos* no son tan viejos como los jóvenes creen, y que los *jóvenes* tampoco son los jóvenes que los viejos están tentados de creer. Lo cierto es que ya estos mismos puntos de vista denotan una diferencia de perspectiva que creo que debemos esforzarnos en entender.

Cada individuo juzga las cosas y los hechos según las imágenes que tiene de ellos y no de acuerdo con las realidades mismas. Lo que uno considera *verdad* es verdadero de acuerdo con *su* información y *su* experiencia.

Sin duda que hay una diferencia notable entre la experiencia política y la información que han tenido los viejos, a quienes tocó decidir la suerte del rumbo político de nuestra Patria en el momento seguramente más importante de su historia moderna, y las de la generación de jóvenes que están reaccionando ahora en Euzkadi.

De este hecho básico se derivan diferencias en la comprensión del fenómeno político que se vivió entonces y el que estamos viviendo en el presente y también en la evaluación de nuestras posibilidades para el futuro y los medios para lograrlo.

Diferencias acaso significativamente comparables, aunque no todas de igual naturaleza, existen entre los que vivimos en el exilio y los que viven en Euzkadi. Los dos grupos de compatriotas vivimos en mundos diferentes. Nos nutrimos de información diferente. Y también de *faltas de información*, ya que una opinión puede ser afectada, como los dictadores saben muy bien, tanto por la información que tenemos como por *la que dejamos de recibir*. Los dos grupos vivimos también bajo presiones políticas distintas: el exiliado no puede desentenderse del medio y la política local, y al mismo tiempo no está expuesto a la presencia física del opresor como el que vive en Euzkadi. Existen además, claro es, factores emocionales que amplían más estas diferencias.

Sin duda que estos factores de circunstancias son responsables de la mayoría de las diferencias de punto de vista existentes entre las dos generaciones. Y no creo, ni mucho

menos, que el desconocimiento de este problema nos pueda conducir a nada práctico. Creo que, más bien, la comprensión de las diferentes formas en las que el mismo fenómeno político se nos viene reflejando según previas experiencias políticas, según medios ambientes en que vivimos y según las clases y grados de información a los que hemos estado y estamos actualmente expuestos, nos ayudará a entendernos mejor y a buscar algunas formas de colaboración más eficientes.

Como dice el editorial de "Alderdi" ("Zarrak eta gazteak alkarrekin"), la Patria necesita de *viejos* y de *jóvenes*; ambos pueden, y deben, ofrecer su experiencia y su capacidad de acción. Las generaciones políticas no se excluyen, sino que se complementan, y sería un error acaso irreparable plantear el problema con actitudes excluyentes. Tenemos que aceptar el hecho y sus dificultades con sentido común, y tenemos que buscar los planos de coincidencia que nos permitan trabajar juntos.

Es cierto, como dice don Manuel de Irujo en su artículo de la misma publicación titulado "Juventud pesimista", con esa claridad incisiva y joven con que discurre siempre, que hay una tendencia natural en la juventud para pensar que la historia comienza con ellos. Y en cierta forma creo que es verdad que cada ciclo de experiencia arrastra con sus esperanzas y su entusiasmo recién estrenado y su capacidad de sueño y de generosidad sin magulladuras algo que es nuevo y creador. Lo que me duele a mí, que pertenezco políticamente a la nueva generación, es que algunos de nosotros se exprese sin el debido reconocimiento hacia la labor de quienes, como dice don Manuel muy bien, nos "insuflaron el espíritu nacional"; de quienes, añadiría yo, nos han permitido heredar el caudal de tan alto ejemplo de consecuencia política y de integridad moral. Esto no quiere decir que no tengamos el derecho democrático de enjuiciar la conducta política de estos compatriotas que nos han precedido en el trabajo y en el sacrificio, ni de señalar sus errores, y de apuntar otras soluciones. Al contrario. Creo que no hemos analizado (no sólo hablar por hablar) muy poco los aciertos y los errores de nuestra conducta política, que es una forma de sacar provecho de la adversidad. Pero debemos hacerlo con un respeto profundo hacia la entereza y la inteligencia con que nuestros hombres públicos han sabido, y saben representar el sentimiento de nuestro pueblo. A estos hombres se les puede señalar lo que uno cree que son errores y que acaso lo son, pero sin menospreciar, a menos que se aduzcan razones sólidas que respalden la opinión, su habilidad política y sus importantísimas realizaciones.

Hacer frases es seguramente más fácil que cumplir la letra escrita. Seguramente yo estoy haciendo ahora más de una frase. Cuando nos metemos a la aventura de juzgar gente o situaciones, todos jugamos un poco con las palabras. Pero decir ahora, con la perspectiva comodísima de 25 años, que otros jugaron entonces "la carta de la autonomía en lugar de jugar la carta de la independencia" y *que la perdieron*, me parece excesivamente, y hasta abusivamente, fácil; jugar ahora esta carta con inteligencia, con serenidad y con valor, como supieron sin duda jugarla los *viejos*, es mucho más difícil.

Pero en esta empresa de pueblo, que es precisamente empresa de generaciones, no hay exclusivas. Aquí hay espacio y tiempo para todos. Ojalá tengamos, *viejos* y *jóvenes*, la flexibilidad, la paciencia y el coraje necesarios para no echarlos a perder.